Una visita al Salón del Libro de París

Santiago Martín Bermúdez

Alguien tenía que acudir al «Salón del Libro de París» en representación de la directiva de la **AAT** para darle un impulso al proyecto de Federación europea de asociaciones de autores. Y fuimos Íñigo Ramírez de Haro y yo. Fue unos días después del espantoso atentado de Madrid, y recibimos muchas muestras de adhesión, condolencia e indignación. Fue, por otra parte, mes y pico antes del escándalo que se montó con la obra innombrable de Íñigo en el Círculo. Se trataba de continuar lo ya hecho en noviembre pasado, cuando durante el **Salón Internacional del Libro Teatral** se presentó una declaración firmada por directivos de las asociaciones de Alemania, Francia, Portugal y España.

El «Salón del Libro» es participativo, ágil, abrumador, interminable, inabarcable, increíble. Nos perdimos varias veces por allí en busca de nuestros socios, colegas y anfitriones. Tenían éstos, los de la EAT (Écrivains auteurs de théâtre), un dispositivo muy bello y muy funcional: un ámbito separado en una punta del Salón, con plataforma, megafonía, asientos para el público y muchas actividades, dirigidas éstas en su mayoría por la infatigable y eficaz Louise Doutreligne, que es mi equivalente en la organización francesa. Al lado de esa especie de salón de actos que también era teatro, había un montón de puestecillos con libros de editoriales que publican literatura dramática, y allí había libros de autores españoles traducidos al francés: Paloma Pedrero, José Sanchis Sinisterra, Carles Batlle, Rodolf Sirera, Itziar Pascual, Ignacio García May y unos cuantos más. En esos puestos dejamos libros y revistas de nuestra asociación. Asistimos a mesas redondas y participamos en una de ellas, con asistencia de Michel Azama, presidente de la EAT, en la que se anunció el proyecto de Federación. Con una novedad: un directivo de la asociación belga. Ya tenemos un borrador de Estatutos, y en estos momentos lo estudian las asociaciones implicadas, las que van a ser la base de la futura organización europea.

Las discusiones fueron intensas e interesantes. En la mesa redonda, Íñigo no se anduvo con chiquitas, ya saben cómo es este hombre. Actuó (la palabra es ésa) de tal manera, que yo me sentí obligado a hacer el papel de hombre sensato, por una vez. La dialéctica fue tal que al final yo acabé sensatísimo y él más allá del Íñigo de siempre. Menos mal que no nos veían nuestros compatriotas. Los franceses, en cambio, se divirtieron mucho. No hay nada como hacer el trabajo duro como si aquello fuera placentero. No lo era, no pudimos siquiera ir al Louvre ni a la Torre Eiffel, que es lo que se hace cuando uno va a París.

La EAT organizó una cena en el restaurante del Teatro del Rond-Point des Champs Élysées, y allí se sellaron las conclusiones finales. De momento, nuestros objetivos son la discusión de los Estatutos, la definición de una sede y la entrada en funcionamiento, lo más dinámico posible, de los cuatro o cinco países que van a ser pioneros y motores de este proyecto europeo, que queremos realista. Tanto, que nos hemos propuesto esta utopía en el momento mismo en que se cumple una: la de la Europa de los veinticinco.

Íñigo y yo queremos agradecer la acogida de la EAT, y en especial de Susana Lastreto, Michel Azama, Louise Doutreligne, Luc-François Grenier y el entrañable Claude Demarigny, que consiguió que no nos perdiéramos más ni en el Salón ni en la calle. ■

Esta revista ha sido editada por la AAT con la ayuda de:

MINISTERIO DE CULTURA
INSTITUTO NACIONAL DE LAS ARTES ESCÉNICAS Y DE LA MÚSICA
fundación autor
SGAE SOCIEDAD GENERAL DE AUTORES Y EDITORES
Comunidad de Madrid
CONSEJERÍA DE LAS ARTES
Dirección General de Promoción Cultural
CEDRO
Centro Español de Derechos Reprográficos